

ÁNGEL L. PRIETO DE PAULA / LOS AUTORRETRATOS DE ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Si todos los libros de poemas de Eloy Sánchez Rosillo (Murcia, 1948) son retratos de interior —del interior del poeta—, en los dos últimos esto se torna obviedad incontestable. Tanto *Elegías* (1984) como *Autorretratos* son confesiones personales, autobiografía apenas simulada. Ciertamente también lo eran *Maneras de estar solo* (1978) y *Páginas de un diario* (1981), pero la ocasional aparición de lo irracional (en el primero), el moderado culturalismo que funcionaba como espejo del yo (en el segundo) y un más nutrido manojito de temas oscurecían un tanto la veta subjetiva, de naturaleza elegíaca, que luego dominaría en la poesía de Rosillo. Un romanticismo sin tapujos es la nota común a todos los libros, y una punzada temporalista cada vez más acusada ha terminado por enseñorearse de la obra más reciente del autor.

Autorretratos extrema las propuestas del libro anterior. Como él, es un compendio de elegías, que ahora aparecen... no diría que «aderezadas» con asuntos nuevos, sino «radicalizadas» en lo que antes sólo se columbraba y ahora esplende. (Cuando lo elegíaco no tiende al crecimiento conceptual o a la radicalización expresiva, su dicción puede tornarse ahormada reiteración de tics retóricos.)

Hay notas que repiten su presencia: el discurso poético en la segunda o la tercera persona, que permite al poeta hablar de sí sin que el pudor se resienta demasiado; la *mediterraneidad*; la consideración del poema como desafío al olvido... Sobre todas ellas, el símbolo de la luz —«maravillosa, elemental, purísima»—, que parpadea en un poema sí y otro también. Oro, resplandor, fulgor de eternidad, relámpago: señales de epifanía. La luz, siempre en trance de dejar de ser, presta al poeta unos segundos de plenitud, en los que brilla con acuidad un evidente panteísmo que alcanza su relieve más preciso en «Casta diva»: «Mi vida estaba unida a la verdad del mundo / por un hilo secreto. / Y en mi sangre latía la música que mueve / a la gran muchedumbre de los seres creados.»

Además, aparece en *Autorretratos* el tema de la muerte *propia*, tan misteriosa como inescapable, que se asienta en el poema final del libro. Pese a ella, y pese al futuro invernal que asoma, no es ésta una poesía desencantada, sin más. La melancólica fijación de los versos emana de un profundo amor a la vida. Frente a los agonismos de otros autores, de filiación casi siempre acristianada, aquí prevalece el paganismo vital y la serenidad ante tanto adiós. No siempre —aunque sí frecuentemente— el recuerdo de lo vivido resulta teñido por la tristeza que parece inherente a toda evocación. A veces no se rememora, sino que se *vive*

el pasado como «nítida inmediatez, presente puro». Para romper la melancolía retrospectiva y situarse en un presente poético, o incluso en un futuro imaginado, procede el autor a solapar tiempos y entrecruzar edades: el niño que fue se asoma a los ojos del hombre que es; el poeta contempla al hijo con quien juega, convertido subitáneamente en un adulto desposeído; en otra ocasión asiste al derrumbe de la casa en que habita, mucho tiempo después de su muerte. Por otra parte, las evocaciones no son generalmente las de la juventud (terreno abonado para el poeta elegíaco), sino las más esencializadas de la infancia: luz sin tamizar, explosión de oros.

Se une a lo anterior la existencia de un hondo sentido moral, visible en poemas como «El eremita (*In memoriam Miguel Espinosa*)», que, a más de homenaje al escritor muerto, es acusación contra la mezquindad espiritual del entorno, así como erección de un modelo de vida que propugna la aceptación sin acritud de la soledad y la incompreensión.

Mantiene el autor, como en *Elegías*, una voluntad de claridad que lo convierte, paradójicamente, en *raro*. Mostrar la trastienda creativa es un mérito personal; hacerlo con estos resultados, un mérito artístico. El poema enseña paladinamente el aluvión de las experiencias de vida. Lo que no está registrado con palabras no existe. La maestría luce en unos versos cuya claridad nada tiene que ver con el encorsetamiento. Los frecuentes alejandrinos presentan un interior sincopado, cuyas junturas gramaticales no coinciden con las métricas del período o del hemistiquio. Se evita así la posible monotonía de ese verso que pudiera canturrearse con sólo seguir la inercia de los anteriores. En esta música conocida, pero no *consabida*, se dibuja la estampa de un mundo que se rinde a la voracidad del tiempo.

A. L. P. D. P.—UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Eloy SÁNCHEZ ROSILLO: *Autorretratos*. Barcelona, Península/Edicions 62, 1989.



Eloy Sánchez Rosillo. (Foto: Juan Ballester.)

MANUEL RAMOS ORTEGA /

RAFAEL DE CÓZAR: OJOS DE UVA

Desde siempre la literatura —los poetas— han sentido la tentación de ligar literatura y vida. Desde el Arcipreste a Jorge Manrique, desde los poetas de *Cancionero* hasta el *Lazarillo* y desde éste hasta nuestra más inmediata contemporaneidad, una ola de autobiografismo ha vertebrado, como una espina dorsal, la literatura española y universal.

En buena medida se puede decir que gracias al yo poético se han escrito muchos de los mejores poemas, aunque no es menos cierto que un exceso de subjetivismo, de lirismo mal entendido, ha sido el culpable de muchos crímenes cometidos en nombre de la literatura.

Ojos de uva es, según reconoce su autor en el prólogo, el primer libro de poemas de Rafael de Cózar (?). Y es que, unas líneas más arriba, ha razonado esta tajante afirmación: «... durante bastantes años y buen número de poemas publicados, he creído que el libro exige, al modo de Baudelaire, una estructura unitaria, una construcción y concepción global, o un impulso ambiental que integre en armonía cada uno de los elementos. De lo contrario estamos —aunque no haya nada malo en ello— ante la antología, la colección acumulativa de poemas.»

La aclaración de Cózar es pertinente puesto que lo suponíamos autor de algunos libros y poeta incluido en recientes antologías, entre las que citaré sólo dos: *Nueva Poesía 1* (Madrid, ed. Zyx, 1976) y *Antología de la joven poesía andaluza* (Málaga, Litoral, 1982). Tal vez guiado por un cierto sentido de iniciación y, más tarde, perfeccionamiento poético, Cózar ha ido entregándonos textos sueltos desde principios de los setenta (fue miembro fundador de la revista y Grupo poético *Marejada* en Cádiz), en revistas, plaquetas, antologías colectivas, etc.

Ese elemento subjetivo, la anécdota autobiográfica, de la que hablaba yo al principio, es justamente el elemento unificador o integrador de los poemas de *Ojos de uva* que se leen

con facilidad y, fundamentalmente, con emoción. No en balde el elemento autobiográfico envuelve una historia amorosa que el poeta protagonista confiesa haber vivido, en su recta final, en New York, y en la Navidad de 1984.

En efecto, la historia poemática, en su primera sección, relata un recorrido a pie por la literaria y llena de resonancias lorquianas isla de Manhattan. Al mismo tiempo, la visita a un amigo y su hijo, residentes en la ciudad de Wall Street, permite proyectar, en forma epistolar y en tono confesional, las imágenes de la ciudad, observadas desde la reciente y traumática experiencia de la separación.

En estos primeros poemas es algo más que un indicio la presencia del poeta granadino, Federico García Lorca, y su *Poeta en Nueva York*. La influencia del poeta del 27 ha nutrido, con su rica savia poética e, incluso en ocasiones, con un simulado tono surrealista, los versos de esta primera sección titulada «Entre Chinatown y River Side: Los ángeles guardianes». No en balde, según confesión del propio autor, estos primeros poemas fueron compuestos «íntegramente» en la International House, residencia de estudiantes situada en River Side Drive, muy cerca de «La Columbia» de Lorca, entre el borde del Río Hudson y Harlem: *Ella duerme ahora, yo te escribo / al borde de Columbia, / tal vez acaso donde Federico...*

Sin embargo, y a pesar de la sombra poética del poeta granadino, el acento, el estilo, la escritura y, sobre todo, el sentimiento son originales, sinceros y poco usuales en nuestra poesía amorosa. Por otra parte, me parece un acierto el haber hipostasiado una anécdota personal con una rica tradición literaria —la amorosa—, por un lado, con un episodio a la vez histórico y literario, cual es la estancia del poeta Federico García Lorca en Nueva York, por otro. De alguna manera este tratamiento no mitificador de un poeta tan mítico como Federico y su inclusión en la propia autobiografía poética de Cózar, es uno, entre muchos, de los valiosos hallazgos técnicos de esta primera parte del libro.

Rafael de CÓZAR: *Ojos de uva*. Sevilla, Lautaro/Editorial Iberoamericana, 1988.



Rafael de Cózar.



MANUEL RAMOS
ORTEGA / RAFAEL
DE CÓZAR: *OJOS
DE UVA*

Por otra parte, aunque la forma epistolar no sea ni mucho menos nueva en la historia de la poesía, con su utilización Cózar realiza el tono marcadamente confesional y casi elegiaco de estos poemas. Obvio es decir que los dos interlocutores ficcionalizados en la anécdota poética, aparte de Federico, son el amigo y la amada. Como no podía ser menos, si queremos seguir el juego de las tradiciones literarias, el amigo es fiel, escucha pero no dialoga. En cambio, la amada, casi ausente ya, se va alejando de la vida del poeta, como un recuerdo, como un antiguo deseo; por supuesto no realizado: *Aeropuerto Kennedy, sala de espera, / la tarde de azafrán en las esquinas, / Las últimas palabras al teléfono, / Las últimas monedas / y las voces en todos los idiomas / diciéndome hasta siempre...*

La segunda parte de esta historia se abre, de nuevo, con un recuerdo-homenaje al poeta del *Romancero gitano*: *Estimado Federico, estuve a visitarte / al borde del río Hudson en Manhattan, / acaso tal vez sobre las mismas hojas / cobrizas de la tarde / y en una habitación similarmente / turbia triste abigarrada...*

Sin duda, una vez de vuelta en España, el poeta sigue recordando Nueva York, Columbia, River Side... Los recuerdos se agolpan y los espacios de la memoria se llenan, otra vez, de recuerdos de la amada. El poeta, utilizando una técnica cinematográfica —el *flash-back*— revive, en presente histórico, los momentos más felices pasados junto a la amada: *Sabía, en fin, que era preciso renovar / cada paso y cada buella del ayer...*

Estos poemas están llenos de ternura. Probablemente, algunos están escritos antes y otros después del dramático viaje de la separación. Los poemas son como pinceladas que la memoria ha dibujado a manera de imágenes o instantáneas de los momentos más felices vividos juntos. El autor es consciente de haber cometido algún que otro exceso en la reiterada descripción realista de la anécdota y lo justifica: «Tal vez sobran entonces muchos de esos mo-

mentos que pueden convertir la "narración" en algo reiterativo pero me interesaba dar precisamente esa sensación de que lo importante se construye en base a un cúmulo de hechos menores, de anécdotas insignificantes.»

Hay en los poemas de esta segunda parte un adelgazamiento del sentimiento amoroso. La anécdota cotidiana contribuye a recrear la historia y a convertir en imperativo categórico los primores de lo vulgar. Como dice el propio autor, en el tema del amor interesa especialmente la praxis.

En su tercera y última parte —«Epílogo»— la anécdota amorosa, que ha dado origen al libro, corre y los poemas se suceden, sin solución de continuidad, tratando aspectos diversos, aunque sigue siendo el tema amoroso el subordinante para todos ellos. Como aclara el propio Cózar, estos últimos poemas «pretenden insinuar nuevas historias, nuevos rumbos, nuevos nombres».

En definitiva, este primer libro de Rafael de Cózar será una grata sorpresa para todos aquellos lectores que abren las páginas de un libro intentando buscar una historia que les interese y, al mismo tiempo, les emocione. Cózar ha sabido salir triunfante del enfrentamiento entre literatura y vida. La autobiografía, sin ser derrota del todo, ha cedido su dominio a la literatura. El subjetivismo lírico no ha sobrepasado los límites justos. La ironía, el sarcasmo y hasta el humor, a veces, juegan un importante papel de filtro purificador de todos aquellos elementos que no contribuyen a vigorizar el tono expresivo y el eco sentidamente humano del lenguaje poético. Un uso muy justo y armonioso del castellano hacen todavía más placentera la lectura de este *Ojos de uva*, de Rafael de Cózar.

M. R. O.—UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

DOS POEMAS DE...



(Foto: Chema Echaniz.)

Amparo Amorós tuvo la suerte de nacer mediterránea (en Valencia) y la precaución de olvidarse en seguida de la fecha; el temprano vicio de escribir, y la fatalidad de ser poeta en tiempos miserables, lo que la obligó al ejercicio práctico de lo aprendido por pura curiosidad intelectual: medicina, ciencias de la información, filosofía y letras. Ha publicado tres libros de poesía: *Ludia*, accésit del Premio Adonais 1982 (Rialp, Madrid, 1983); *La bondad travesía del águila* (Libres del Mall, Barcelona, 1986), publicado en Francia en edición bilingüe de Laurence Breyse: *La profonde traversée de l'aigle* (José Corti, París, 1989), y *Quevediana* (Mestral, Valencia, 1988); y dos *plaquettes*: *Escena de caza* (Torre de las palomas, Málaga, 1982) y *Al rumor de la luz* (Zarza Rosa, Valencia, 1985). Ha sido incluida en las consabidas antologías y traducida, además de al francés, al inglés, italiano y alemán. No ha faltado algún premio —para que no pueda decir *de este agua no beberé*— y dos Ayudas a la Creación, de modo que nada de lo humano le es ajeno. En la actualidad última un ensayo, *La palabra del silencio*, que constituye su inevitable Tesis Doctoral; una recopilación de sus artículos, *Viajes y aventuras de interior* (*Notas para una poética*), y varios libros de poesía y prosa siempre a punto de entregar a la imprenta, pero que nunca acaba de dar por buenos para desesperación de sus escasos, pero fieles, amigos y lectores o regocijo de sus enconados detractores, que afirman, aviesamente, bien que su obra inédita es pura invención, bien que todo lo tiene

SEXTINA DE LA NIEBLA
(Enigma)

Yo soy el laberinto de un olvido,
la ovillada parábola del vuelo
al fulminar al pájaro que, herido,
rinde las ciegas alas sin consuelo
y en la impotencia de su anhelo arde
como yesca abatida de la tarde.

No te entregues a mí. Mejor que tarde
la eterna incertidumbre con que olvido
que hay formas de certeza en las que arde
más vida que en las luces con que vuelo
alta, pero sin norte de consuelo,
porque es mi propio orgullo quien me ha herido.

Y siendo así el verdugo y el herido
al que siempre el remedio llega tarde
no encuentro ni la muerte ni el consuelo
de afirmarme en mi ser frente al olvido,
llama que, vacilante, ya de vuelo
inquieta e insegura cuando arde.

En consumirse acaba lo que arde
pero brasa sin fin es quien herido
por la daga incurable de mi vuelo
cuando advirtió su trampa era ya tarde
para el dulce beleño de ese olvido
que ofrece la ignorancia por consuelo.

¿Qué es mejor, la consciencia o el consuelo?
—te diré si me escuchas. Mas tú ¡arde!
entrégate a creer mientras te olvido
si todavía tu razón no ha herido
la agonía indecisa de mi tarde
agostando el impulso de su vuelo.

Lo mejor es, tal vez, gozar al vuelo
y no esperar del conocer consuelo
porque en muy breve espacio cae la tarde.
¡Sentir! ¡Saber!: un universo arde
por una antorcha de pasión herido
y acaso en tu voz triunfe del olvido.

escrito desde antes de publicar su primer libro y con perverso sentido lúdico se va construyendo, a su arbitrio, una azarosa cronología literaria de la que estos poemas serían una muestra. Nadie sabe por qué sus amigos de *Ínsula* persisten en seguir publicando sus papeles: unas pocas palabras que salvan de morir.

(Cruza la tarde del sentido el vuelo
de un pensamiento malherido que arde
temblando entre el olvido y el consuelo.)

(Fragmento de *La cicatriz del agua*. Hiperión, en prensa.)

TONADA

Si de tu mano fuera nunca regresaría,
de tu mano al país de los bosques dorados.

¿Dónde está? —me pregunto dispuesta en el umbral.
¿Hacia dónde? ¿Por dónde? —y no puedo encontrarlo.

He ordenado la casa para una larga espera,
me despedí sin pena ya del huerto y del patio,
ahogué en el pozo sal de todos los recuerdos
y en el baúl doblaba los lienzos de los años.

María me ha traído su toquilla de lana.
Clara tortas de miel para el camino largo.
Juan el vino más dulce que dan uvas de otoño.
Pedro las flores altas de los montes cercanos.

Las ventanas cerradas me están diciendo adiós
y los niños agitan en el aire sus manos.
Mientras salgo al encuentro de lo que aún no sé
presiente el corazón tu nombre a cada paso.

Porque vas a llegar a llevarme contigo
donde nunca hay invierno, donde cantan los pájaros,
allí donde los sueños ya no son imposibles
y a la noche estrellada sucede el día claro.

Para no regresar he dejado mi casa.
Para no regresar ya siempre de tu mano,
he salido al camino y he emprendido el viaje
de tu mano al país de los bosques dorados.

(De *Las jaras*.)

AMPARO AMORÓS